

EL PROFESOR MALANDRINO DE GILLETTE

Al día siguiente tenía una cita para alquilar un piso. La ciudad de Lisboa era fantástica, pero poco asequible por el precio de los alquileres, y me vi obligado a acabar en la última frontera de la capital, la periferia histórica: AMADORA BORDEA.

La zona era típica porque albergaba la patria de la comunidad extranjera portuguesa, pero no solo ciudadanos de Portugal — también algún que otro infiltrado, como yo.

Padre e hijo llegaron para recibirme, pero cuando entré en la casa me enseñaron una litera compartida con otras tres personas, dentro de una habitación de 9 metros cuadrados, en un piso de tres habitaciones, nueve personas, un baño, una cocina pequeña, tres frigoríficos y cucarachas como huéspedes fijos — todo ello en unos 60 metros cuadrados, por 230 euros al mes.

Eso me dejaba exactamente 70 euros al mes para comer y vivir, pero comprendí otra cosa: estaba haciendo un curso sobre cómo deben aprender los pobres a administrar la riqueza — y eso no lo enseña nadie.

Uno a uno, los chicos se acercaron a presentarse, diciendo su nombre y su país de origen, observándome para adivinar cómo me comportaría y si era racista.

A todos les dediqué una sonrisa y un saludo en su propia lengua: ANGOLA, MOGADISCIO, SANTO TOMÉ, BRASIL, PORTUGAL, CHINA, RUSIA y ARABIA SAUDÍ.

Aquella noche me invitaron a su cena — habían organizado la ocasión para darme la bienvenida. Yo era el mayor del grupo y, tras 20 minutos de hablar tímidamente con todos, mi nueva identidad portuguesa nació en el momento en que oí que me llamaban:

El Profesor Malandrino

Eran todos chicos jóvenes que habían dejado atrás a madres, esposas o novias, lejos de casa y de la gente a la que querían, y decidí contarles una historia verdadera, vivida — a cambio obtendría de cada uno una reacción que me ayudaría a medir su carácter y su personalidad. Ninguno conocía mi método.

Les conté que en 2021 me había permitido unas vacaciones en Brasil, en la ciudad de Natal — un lugar conocido por sus dunas y sus rituales locales — donde, cuando el día se hacía noche, las chicas que estaban en lo alto de la duna bajaban de espaldas, abriéndose camino hacia cada hombre que esperaba impertérrito abajo, para conocerlo y entablar nuevas relaciones, quizá incluso labrarse un futuro.

Me quedé en aquella ciudad cuarenta días — fue de verdad mi cuarentena brasileña —, pero nunca participé en el juego. Seguí siendo espectador, y miré.

Hoy pienso, más que nunca, en lo mucho que me sirvió de verdad conocer Brasil — incluso con la llegada inesperada de la mujer CEO de Gillette — y, si alguna vez me preguntara por su tierra, podría decirle:

EL RITUAL DE LAS DUNAS,

LO CONOZCO,

PERO NUNCA PARTICIPÉ,

PORQUE NO OFREZCO A NADIE UN FUTURO,

SOLO EL PRESENTE.

Lo que más me impresionó de aquella ciudad fue la historia con la hija del rector, a la que conocí por casualidad un lunes por la noche en una fiesta de solteros.

Llegué con 100 tarjetas de papel que había preparado, con mi nombre y un número de teléfono brasileño, y las fui intercambiando con las mujeres del local — las que me gustaban, que decían estar solteras, divorciadas o viudas. Al día siguiente me encontré a cuatro de ellas en el supermercado haciendo la compra con maridos e hijos, y no hubo palabras, solo miradas silenciosas.

Camilla, la hija del rector, era una mujer hermosa y arrolladora. Fue ella quien me llevó a su casa a las dos de la tarde y me hizo salir a las diez de la noche, y fue allí donde comprendí que mi colega de arriba había querido castigarme — hacerme entender que una mujer puede derrotar a mil hombres, pero mil hombres no pueden derrotar a una mujer.

Sin entrar en detalles, acto seguido la llevé a cenar a un restaurante italiano y pedí dos botellas de vino blanco y 14 langostas solo para ella. El camarero brasileño me preguntó si quería un poco de bruschetta, pero el agotamiento — o mi oído traicionero — me hizo percibir la palabra como “bussetta”, y yo ya estaba exhausto y listo para huir.

Todos los chicos de la habitación se reían, con cara de hipnotizados — seguían anclados en la versión de Amazon, de doce páginas, de cómo se vende el amor. ¿Cómo iba a continuar sin arriesgarme a que explotaran?

Di por terminada la conversación y me fui a dormir.

A la mañana siguiente, por toda la casa se oía decir “bussetta brasileña” y “bussettero”, que en el español de Colombia significa conductor de autobús — pero el juego de palabras hizo sonreír a todos igualmente.

Me marché el 22 de noviembre de 2025 y a todos les dio pena verme partir — hasta las cucarachas que dormían conmigo en la cama tuvieron un momento de tristeza, porque es solo en ese instante, cuando has sido feliz con alguien y se va, cuando comprendes lo que nunca volverás a tener.

Ferdinando